

# 1 Los murmuradores

---

Pandaras entró en la arena umbría de la Basílica en el preciso instante en que una mitad de la fuerza defensiva cargaba contra la otra. Tamora encabezaba la punta de la cuña agresora, gritando ferozmente; Yama corría de un lado a otro tras la doble hilera de la fila de defensa y alentaba a voces a sus lacayos.

Los dos bandos chocaron con un estrépito de bastones acolchados contra escudos redondos. Las sombras se movían vertiginosas, animadas por las luciérnagas que planeaban sobre sus cabezas como una tormenta de chispas. Por un momento pareció que el ataque sería fallido, pero entonces uno de los esclavos de la línea defensiva cedió terreno ante el implacable asalto de Tamora. En lugar de cerrar el hueco cuando el hombre cayó en la riña, la primera fila vaciló y se rompió, retrocediendo a trompicones hacia la segunda. Yama gritó la orden de reagruparse, pero sus esclavos tropezaban unos con otros o simplemente soltaban sus escudos y bastones y huían corriendo, y la formación en cuña de la fuerza atacante se disolvió cuando los esclavos empezaron a perseguirse mutuamente en torno a la Basílica.

En medio de la confusión, Tamora soltó su bordón con gesto de fastidio, y Yama sopló y sopló su silbato hasta que cesaron las carreras. Pandaras se acercó a ellos, trotando por encima del minucioso trazado de líneas que había dibujado Tamora con tiza esa mañana en el suelo de mármol. Sus dos luciérnagas revoloteaban sobre su cabeza, pequeña y brillante.

—¿Han hecho algo mal? —preguntó, jovial—. A mí me ha parecido muy vigoroso.

—Deberías estar en la cocina con el resto de los friegaplatos —dijo Tamora, antes de reunir a los esclavos para decirles exactamente qué era lo que habían hecho mal. Sus luciérnagas parecían haberse contagiado en parte de su ira; resplandecían con una cegadora luz blanca y se arremolinaban sobre su cabeza como un enjambre de avispas dispuesto a proteger su nido. Su larga trenza de pelo rojo relucía como una cuerda empapada de sangre fresca. Vestía un coselete de plástico, lleno de arañazos y raspones, y una falda corta de tiras superpuestas de cuero curtido que dejaban sus musculosas piernas casi enteramente al descubierto.

—Están armados con palos, señor —dijo Pandaras—. ¿Eso forma parte de vuestro plan?

—Todavía no nos atrevemos a darles armas de verdad —respondió Yama. Al igual que los esclavos, se cubría con un simple taparrabo. Sentía el suelo frío y arenoso bajo los pies descalzos, pero estaba sudando pese al aire frío y le hervía la sangre. Podía sentir la bullendo bajo la piel. Tenía el pelo negro amontonado sobre la cabeza a causa del vendaje que le protegía la frente. Un disco de cerámica, de los que se pensaba que habían sido utilizados como monedas durante la Era de la Iluminación, colgaba de una cinta de cuero que le rodeaba el cuello. A su espalda, su cuchillo pendía en su funda de piel de cabra, en un arnés de cuero que le cruzaba los hombros y se abrochaba sobre su pecho—. Los hemos tenido casi todo el día de prácticas. ¡Hay que ver cómo aguantan el ritmo!

Pandaras lo miró, fingiendo preocupación.

—¿Cómo está vuestra cabeza, señor? ¿No será que os ha vuelto a subir la fiebre por culpa de la herida? Se diría que creéis que un ejército de pulidores y fregonas, armados con palos, puede ahuyentar a las tropas de elite del Departamento de Asuntos Indígenas impresionándolas con sus aptitudes para el desfile.

Yama sonrió.

—¿Por qué estás aquí, Pandaras? ¿De veras tienes algo que decirme, o has venido expresamente para contrariar a Tamora? Espero que no. Está haciendo todo cuanto puede.

Pandaras miró a uno y otro lado, antes de erguirse hasta que su lustrosa cabeza hubo quedado al nivel del pecho de Yama.

—He aprendido una cosa. Puede que me exiliaras a las entrañas de este departamento exhausto, corrompido y arruinado, pero he seguido trabajando con ahínco para ti.

—Según recuerdo, tú elegiste el destino.

—Y ahora deberías darme las gracias por mi previsión —dijo Pandaras—. Tengo noticias que afectan a todo nuestro plan, y ruego

que se me permita tender el trofeo a vuestros pies. Creo que no te sentirás decepcionado.

—Has estado espiando, Pandaras. ¿Qué has encontrado?

—Fue en el mausoleo que llaman la Sala de la Mente Tranquila —dijo Pandaras—. Mientras los dos estabais jugando a los soldaditos con los ebanistas y los poceros, yo arriesgaba la vida en intrigas. Un juego mortal con la peor de las recompensas para el perdedor, pero he tenido la suerte de descubrir algo que afecta a todo nuestro plan.

La Sala de la Mente Tranquila era un edificio negro y sin ventanas que había sido labrado en la pared de basalto de la inmensa caverna que albergaba al Departamento de Adivinación. Yama pensaba que estaría cerrada y en ruinas, como casi todo el Departamento.

—Supongo que irías allí para reunirte con tu cariñín. ¿Sigues detrás de esa fregona? Se diría que sí, a juzgar por tu atuendo.

Pandaras se había lavado, había remendado sus harapos y había brillantado sus botas. Había encontrado o robado una bufanda de seda roja que llevaba anudada en torno a su cuello largo y flexible, con una elegancia tan espontánea que Yama sospechaba que se debía al esfuerzo de toda la mañana. Sus dos luciérnagas revoloteaban sobre su cabeza como joyas vivientes.

Pandaras guiñó un ojo.

—Perseguida, atrapada, rendida, vencida —dijo—. No he venido para alardear de mis conquistas, señor. Es la misma historia de siempre, y no tenemos tiempo. Corremos un peligro mortal, si he captado correctamente la situación.

Yama sonrió. A su autoproclamado escudero le encantaba hacer un drama aun del suceso más insignificante.

—Hay una galería que discurre paralela a la Sala de la Mente Tranquila —continuó Pandaras—, bajo el borde de la cúpula. Si por casualidad está uno en lo alto de las escaleras que dan a la galería, y si se acerca la oreja a la pared, se puede escuchar todo lo que digan los de abajo. Tengo entendido que se trata de uno de los ardidés predilectos de cualquier tirano, pues éstos saben que los conspiradores a menudo se reúnen en edificios públicos, dado que es fácil justificar la presencia de un corro de personas en un lugar público. Pero la fortuna sonrío a los valientes, amo. Hoy me he puesto en el lugar de un tirano, y he escuchado a hurtadillas la susurrada conspiración de un par de confabuladores.

Pandaras hizo una pausa. Yama se había dado la vuelta para observar la ensombrecida Basílica. Tamora estaba agrupando a los

reticentes esclavos en tres filas. Su voz resonaba con fuerza bajo el destartalado grandor de la cúpula abovedada.

—Señor —dijo Pandaras—, esto es más importante que jugar a los soldados.

—Pero esto también es importante. Por eso hemos venido, para empezar, y además, siempre viene bien estar en forma.

Yama omitió que también le ayudaba a saciar una parte de él que anhelaba la acción. Su reposo se había visto turbado por sueños sedientos de sangre desde que entrara en el Palacio de la Memoria del Pueblo, y a veces una rabia inexplicable le provocaba jaquecas que teñían su vista de violentos relámpagos rojos y negros, y lo dejaban debilitado y enfermo. Se había esforzado sin descanso desde que llegara a Ys y escapara del prefecto Corin, y había resultado herido en una emboscada cuando se presentaron ante las puertas del Departamento de Adivinación. Tenía que descansar, pero no había tiempo para eso.

—Debo escuchar lo que tiene que decir Tamora. Acompáñame, Pandaras.

—El golpe en la cabeza os ha provocado alucinaciones, amo. Ahora pensáis que sois un soldado.

—Y tú piensas que eres mi escudero, así que los dos deliramos igual. Ahora, silencio. Hablaremos de lo que has oído cuando termine Tamora con nuestros pobres guerreros.

Tamora se había encaramado a un plinto cuadrado de piedra que en su día había sostenido una estatua; ahora sólo quedaban sus pies, enfundados en primorosas babuchas puntiagudas que todavía conservaban restos de pigmento amarillo. Tamora paseó la mirada por las seis decenas de esclavos que se habían reunido a su alrededor y permitió que el desdén ensombreciera su rostro menudo y triangular. Era un truco que había enseñado a Yama. Para ser maestro, decía, antes había que ser actor. Si no salía del alma, ninguna lección sonaría convincente.

Todos los esclavos pertenecían a la misma línea de sangre, todos eran cimbreños, de largos brazos y piernas estevadas, con una piel flácida y gris que colgaba en pesados pliegues de sus huesudas articulaciones. Sus semblantes eran ahusados y vulpinos, y tenían desgredadas melenas de áspero pelo negro o pardo oscuro que se derramaban por sus espaldas encorvadas, y ojos verdes o de un amarillo legamoso que espiaban a la sombra de sus poblados ceños. Era un linaje tan estúpido como frustrantemente terco. Según Syle, el secretario del Departamento de Adivinación, hacía más de veinte mil años que servían aquí sus familias. Pero aunque eran de naturaleza servil, las desacostumbradas prácticas los habían tornado ariscos y rebeldes, y aprovechaban cualquier ocasión

para dejar bien claro que ni Tamora ni Yama tenían autoridad alguna sobre ellos. Miraban torvamente a Tamora, con los dientes afilados clavados en sus delgados labios negros, mientras ella les informaba de lo mal que habían actuado.

—Todos os habéis olvidado de vuestro puesto en la defensa, y todos os habéis olvidado de vuestro puesto en el ataque. Tendríais que saber que si queréis abriros paso o manteneros firmes, debéis guardar la formación. Una fila de defensa es tan fuerte como el más débil de sus componentes. Si éste cae, alguien debe ocupar su lugar de inmediato. Si una formación consigue traspasar las líneas, debe permanecer unida.

—Salieron corriendo y los perseguimos, ama —dijo uno de los esclavos—. ¿Qué tiene eso de malo?

Tamora fulminó al hombre con la mirada hasta que éste agachó la cabeza.

—Podría haber refuerzos al acecho tras la esquina de un pasillo. Si vuestra desorganizada horda se tropieza con ellos, seríais descuartizados rápidamente.

—Pero si no había nadie más —rezongó el esclavo, y los que lo rodeaban musitaron su adhesión a sus palabras.

Tamora levantó la voz.

—Esto es un ejercicio. Cuando combatáis de verdad, no podréis dar nada por supuesto. Por eso tenéis que pelear como os he enseñado, no como os apetezca. Es muy fácil matar a un hombre solo, mucho más difícil cuando es parte de una formación. Cuando luchéis hombro con hombro, defended a quienes tengáis a los flancos y éstos os defenderán a vosotros. De ese modo no tendréis que preocuparos de que el enemigo os ataque por la espalda, porque para eso tendrían que rodear la línea. Y no lo harán, no en los pasillos. De lo contrario, en campo abierto, pelead en cuadrados, como entrenasteis ayer.

Cuando Tamora hizo una pausa para coger aliento, uno de los esclavos se adelantó a la formación y dijo:

—Lo haríamos mejor, señora, si tuviéramos armas de verdad.

—Abriré las puertas de la armería cuando hayáis aprendido a manejar esos palos —repuso Tamora—. A juzgar por lo que acabo de ver, pienso eliminar los bastones.

El esclavo no retrocedió. Era más alto que los demás, aunque sólo fuera porque tenía la espalda recta. Su larga melena estaba veteada de gris. La mayoría de los esclavos sólo poseían una o dos luciérnagas tenues, pero sobre la cabeza de éste revoloteaban seis apiñadas, brillando casi con la misma intensidad que las de Tamora.

—No vamos a pelear con estos palos, así que ¿por qué practicamos con ellos?

Los esclavos cuchichearon y se propinaron codazos, y Pandaras le dijo a Yama:

—Han estado quejándose de eso, en las cocinas.

Yama sintió un repentino brote de rabia. Se adelantó y se encaró con el esclavo de pelo cano.

—Es la disciplina, no las armas, lo que hace un ejército —proclamó—. Entre todos vosotros no reunís disciplina ni para atacar un nido de ratas.

El esclavo le devolvió la mirada, airado.

—Os ruego perdón, dominante, pero algo sabemos de cazar ratas.

Algunos de los esclavos se rieron y Yama terminó de perder la paciencia; últimamente le ocurría con frecuencia.

—Vamos. ¡Vamos, cazarratas! ¡Muéstrame lo bien que peleas!

El esclavo consultó a sus compañeros con la mirada, pero ninguno estaba dispuesto a respaldarlo.

—No es con vos con quien quiero combatir, dominante —dijo, nervioso.

—¡No puedes escoger a tu rival! —Yama pidió a Tamora que le prestara su espada y se la ofreció al esclavo con la empuñadura por delante—. ¡Cógela! ¡Cógela ahora mismo!

El esclavo soltó su bordón y extendió las manos vacías.

—Dominante...

—Haz lo que te ordena o retírate como el perro cobarde que eres —dijo Tamora bruscamente desde su pedestal..

Yama acosó al esclavo con la empuñadura de la espada hasta que tuvo que cogerla para que no se le cayera en los pies.

—¡Cógela! Bien. Ahora empúñala. No es una escoba. Es un arma. Puedes matar con la punta o con el filo, y si no te gusta la sangre, puedes dejar inconsciente a tu enemigo dándole un golpe en la cabeza de plano. Aunque no te recomiendo que intentes esto último contra nadie que no sea menos habilidoso que tú. El hombre que me hirió de esa manera perdió casi todos los dedos cuando contrarresté su estocada. Sosténla en alto. Mantén la punta de la hoja a la altura de los ojos.

Tamora añadió:

—Si eres hombre, sabrás que cuanto más elevado sea el ángulo mejor será la acometida. ¡Obedece a tu amo! ¡Demuéstrale que eres un hombre!

Los demás esclavos habían roto filas y se habían apartado, formando un círculo indisciplinado alrededor de Yama y el esclavo de la

melena gris. Se rieron entonces, y Yama los recriminó con la mirada y les dijo lo mismo que le había dicho a él el sargento Rhodean en tantas ocasiones.

—No os burléis de un hombre armado a menos que queráis pelear con él. —Señaló al esclavo de pelo cano y se señaló a sí mismo con el pulgar justo debajo del esternón—. Ahora atácame. Apunta aquí. Si no aciertas al corazón, por lo menos podrías darle a un pulmón. De una forma u otra me habrás matado. ¡Venga!

El esclavo lanzó una estocada tentativa que no recorrió más que medio camino. Yama desvió la punta cuadrada de un manotazo, se inclinó hacia delante y gritó al esclavo:

—¡Adelante! ¡Mátame o te sacaré los ojos para que aprendas! ¡Hazlo!

El esclavo soltó un chillido y se abalanzó hacia delante, blandiendo el arma ferozmente. Yama se adentró en el arco de la estocada y agarró el brazo del esclavo por el codo, describió una media vuelta impecable y lo arrojó por encima de su cadera. El esclavo soltó la espada al caer; Yama se había apoderado de ella antes de que pudiera repicar contra el suelo de mármol y, con un gesto fluido, apoyó el filo en la garganta de su adversario. Por un momento hubo de contenerse para no completar el movimiento.

El esclavo lo miró con los rasgados ojos amarillos encendidos tras las agitadas órbitas de sus seis luciérnagas. Envuelto en un silencio atónito, Yama miró en rededor. Ningún otro esclavo osaba sostenerle la mirada. Sonrió, dio la vuelta a la espada y se la ofreció a Tamora.

Ésta la envainó, bajó del pedestal de un salto y ayudó al esclavo a incorporarse.

—Valiente intento. Mejor que ningún otro. —Paseó la mirada sobre los demás—. Me da igual si nos odiáis, pero no me da igual si sois incapaces de enfureceros. Sin rabia sólo sentiréis miedo cuando entréis en combate. No podemos enseñaros a enfureceros, pero si lo conseguís podremos enseñaros a dirigir esa ira. Mañana empezaremos de nuevo. Ahora fuera de mi vista. ¡Fuera! ¡Largo!

Pandaras aplaudió lánguidamente mientras los esclavos se dispersaban a su alrededor, con las garras repicando en el mármol.

—Menudo espectáculo, amo. No sabía que pudierais actuar así de bien.

Yama se encogió de hombros. Ahora que todo había terminado se sentía intimidado. La herida de su cabeza palpitaba.

—No estaba actuando. Perdí los estribos.

—Como he dicho —intervino Tamora—, eso es necesario. Te estás templando, Yama. Eso está bien. Al final haremos de ti algo parecido a un miembro del Pueblo Feroz, ¿eh? Los esclavos llevan sirviendo miles de generaciones, y nosotros los hemos tratado como a voluntarios. Hemos pecado de amables. Empuñan las armas no porque quieran, sino porque se lo ordenan. Grah, no harán nada a menos que se lo ordenen, y entonces harán lo que se les ha ordenado y nada más. Pueden desfilar en perfecta formación todo el día sin perder el paso, pero les falta coraje.

Tamora estaba enfadada consigo misma, lo que la volvía aún más implacable. Nada había salido bien desde que aquellos rufianes a sueldo les tendieran una emboscada a su llegada a la Puerta de la Doble Gloria.

—No somos más que un par de mercenarios —añadió—. Haremos cuanto podamos con lo que nos han dado, pero al final todo dará igual. Asuntos Indígenas entrará cuando le plazca, hará una escabechina con los esclavos y tomará este sitio en menos de un día. Esto no es más que una patética distracción para tu búsqueda, Yama. Lo lamento.

—Sin este subterfugio no habría podido entrar en el Palacio sin ser interrogado. Además —apuntó Yama—, me lo paso bien con estas prácticas.

Era cierto. El sonido de los bastones acolchados golpeando los escudos y el olor de la tiza y el sudor le habían devuelto a la memoria recuerdos de todas aquellas tardes dedicadas a entrenar con Telmon y el sargento Rhodean en el gimnasio de la prisión militar. Los simulacros de combate satisfacían una ferocidad que no sabía que poseyera.

—Se me olvida lo joven que eres —dijo Tamora—, y cuán idealista. Quizá consigamos que estos desventurados crean que tienen valor para combatir, pero eso sólo retrasará sus muertes en poco más de un minuto. Saben que van a morir, y saben que sus mujeres y sus hijos morirán también o se convertirán en esclavos. A nosotros nos harán rehenes, pero dado que nuestros rescates ya han sido depositados en el almacén del Departamento de Armonía Interna, nos liberarán, nos pagarán lo acordado y ése será el fin de la historia.

—Ojalá tengas razón. Creo que el prefecto Corin todavía me busca, y es un oficial importante de Asunto Indígenas.

Ya habían hablado antes de esto. Con exagerada paciencia, Tamora respondió:

—Pues claro que tengo razón. Así ha sido siempre, desde que el mundo es mundo. De no ser por los antiguos protocolos, este sitio

estaría en constante guerra civil. Tu prefecto no podrá hacer nada. Estoy segura de que Asuntos Indígenas envió a esos desgraciados para emboscarnos, y puede que el prefecto Corin tuviera algo que ver, pero ahora que estamos dentro de los límites de su Departamento no se atreverá a intentar nada más. Escucha. He aquí el problema. No tu prefecto, sino el verdadero problema. Peleamos porque nos han pagado. Cuando nos capturen no nos ocurrirá nada. Pero los esclavos pelean porque les han pedido que peleen, y les han pedido que peleen porque esa mema gordinflona que regenta este sitio y afirma ser capaz de ver el futuro predice que venceremos. Los esclavos presienten que se equivoca. Por eso están tan resentidos.

—No sabemos si Luria tiene o no los poderes que afirma —dijo Yama.

—Grah. Ella sabe que no los tiene, igual que Syle, igual que los esclavos. Y la otra pitonisa no es más que una cría atontada cabeza de chorlito caída de la cuna. No la he oído pronunciar una sola palabra desde que llegamos aquí.

—Por lo que he oído —dijo Pandaras—, Daphoene quizá sea joven, pero sí que tiene poder, y por eso mismo tiene prohibido hablar. Luria tiene miedo de ella porque piensa que un buen día la cándida Daphoene pondrá su fraude al descubierto. Señor, debo hablaros de lo que he escuchado.

—Daphoene es muy pequeña —comentó Yama—. A lo mejor parece que se reserva su opinión, pero a lo mejor es que no tiene opinión que ofrecer.

Tamora soltó la risa.

—Yama, eres tan inocente que pones en peligro a los que te rodean. Tu rata doméstica ha dicho algo sensato, para variar. Si es cierto que Daphoene puede prever el futuro, es lógico que Luria desee tenerla callada. Syle también, igual que esa mujer sin sangre que tiene por esposa. Pues Daphoene sabrá el desastre que será la defensa de este lugar.

—Bueno —dijo Yama—, pronto la veremos en acción.

Dentro de dos días se abriría el oráculo a las consultas del pueblo, y las pitonisas responderían las preguntas de sus suplicantes. Quizá fuera la última vez que se celebrase la ceremonia, puesto que diez días después expiraría el plazo estipulado para el desalojamiento. Luego el Departamento de Asuntos Indígenas tendría permiso para entrar en la desmoronada gloria de la Suma Corte de la Mañana del Departamento de Adivinación y ocupar el lugar donde habían nadao los Jerarcas en un mar de cartas astrales de la Galaxia, disponiendo

los viajes de naves que saltaban de estrella en estrella a través de los agujeros del espacio y el tiempo.

—Mi señor te ha pagado para que lo ayudes a encontrar su línea de sangre —recriminó Pandaras a Tamora—, labor mejor y más honorable que jugar a los soldados. Como comprenderás de inmediato, si es que puedo contar mi historia.

—Corre si quieres —dijo Tamora—. Me gustaría verte correr, niño rata. Eso corroboraría las sospechas que he tenido siempre acerca de ti.

Con aire de haber sido herido en su dignidad, Pandaras respondió:

—Ignoraré las afrentas a mi personalidad, salvo para decir que quienes atribuyen motivaciones mezquinas a todo el que los rodea lo hace porque no esperan nada mejor de sí mismos. Pero mientras tú jugabas a los soldaditos, yo estaba arriesgando la vida. Amo, os ruego que me escuchéis, debo deciros lo que he oído.

—Como sean más chismes de las cocinas —amenazó Tamora—, te valdrá más tener la boca cerrada. Serías capaz de hacer toda una epopeya de un vaso roto.

—Neh, ¿y por qué no? Para el vaso en cuestión sería una muerte dolorosa, sus compañeros se verían privados de un buen camarada y repararían en su propia mortalidad.

—Pandaras dice que se ha enterado de una conspiración —explicó Yama.

—Señor, no me creerá. No vale la pena contárselo.

—Suéltalo de una vez, Pandaras —dijo Yama—. Olvídate de tu orgullo herido.

—Eran dos. Cuchicheaban muy juntos, pero oí que uno decía, “Mañana, al alba. Ve directamente y vuelve sin perder tiempo”. Ésta era una mujer. El otro debía de ser un criado, porque se limitó a asentir con un gruñido, y ella siguió: “Hazlo y veo una gran elevación. Fracasa y vivirá. Y si ella vive, todos los demás moriremos”. Luego los dos se alejaron, señor, y ya no escuché más. Pero es suficiente, ¿no os parece?

—No podíamos esperar otra cosa —dijo Tamora—. Estos antiguos departamentos son nidos de ratas infestados de venenosas intrigas y disputas por nimiedades.

—Si aquí no podemos fiarnos de nadie —protestó Pandaras—, ¿por qué tenemos que quedarnos? Deberíamos recoger nuestras cosas e irnos corriendo.

—No nos has dicho quiénes eran esos conspiradores —dijo Yama.

—Ah, es que eso...

Tamora frunció el ceño.

—Grah. Estabas asustado y no te atreviste a mirar.

—Si me hubiera asomado a la barandilla de la galería podrían haberme visto y se habría armado una buena. —Pandaras espantó el par de luciérnagas que le rodeaban la cabeza; éstas lo esquivaron y reanudaron sus círculos—. Estos trastos condenados que usamos en vez de velas me habrían delatado.

—Lo dicho, estabas asustado.

—Da igual —zanjó Yama—. La puerta se cierra de noche y vuelve a abrirse al amanecer. Quienquiera que la cruce cuando se abra mañana será nuestro hombre.

—Y cuando lo atrapemos podremos sacarle la verdad —añadió Tamora.

—No. Lo seguiré y averiguaré lo que pueda. Si es que se trata de una conspiración, claro. Quizá haya una explicación inocente.

Entrenar a los esclavos estaba bien, pero Yama había hecho poco más en los tres días que llevaban allí. Empezaba a sentirse como si se asfixiara con el aire rancio del Departamento de Adivinación, con todas sus ceremonias sin significado y su constante y reverente evocación de los difuntos días de su gloria, perdida hacía mucho. Quería ver más del Palacio. Quería encontrar los archivos referentes a su linaje y continuar su camino. Quería ir río abajo y unirse a la guerra en el centro del mundo.

—Salta a la vista que se trata de una conspiración contra esa vaca asquerosa —dijo Tamora, pensativa—. Será por culpa de la negativa de Luria a negociar nuestra estancia con el Departamento de Asuntos Indígenas. Sin ella, no habría discusión posible.

—“Fracasa y vivirá. Y si ella vive, todos los demás moriremos” —repitió Pandaras.

—Cuando tu niño rata me da la razón —dijo Tamora a Yama—, sabes que es que la tengo. Quizá lo mejor sea no hacer nada. En cualquier caso, no deberías salir de aquí, Yama. Nos ampara la ley y la costumbre, pero sólo mientras estemos dentro de los límites del Departamento de Adivinación. Sé que quieres comenzar la búsqueda de los informes de tu línea de sangre. Ten paciencia. Dentro de diez días, el Departamento de Asuntos Indígenas se adueñará de este lugar, da igual lo bien que hayamos entrenado a los esclavos. Luego podremos realizar juntos la búsqueda, como acordamos. Ya estás herido, nos han engañado acerca de las tropas que íbamos a comandar y nuestros clientes conspiran los unos contra los otros. Es evidente que alguien de aquí se ha aliado con Asuntos Indígenas y

espera hacer algún tipo de pacto tras asesinar a sus rivales. No importa quién conspire contra quién, porque no hay honor que sacar de todo esto. La defensa es un simple formulismo previo a la inevitable rendición. Como todos los trabajitos de Gorgo, es un desastre. Otro motivo para matarlo, cuando hayamos terminado aquí.

Gorgo era el intermediario que había conseguido este contrato para Tamora. Había intentado matar a Yama porque éste le había costado la comisión de un trabajo anterior y porque sospechaba que, con su ayuda, Tamora podría liberarse de la deuda que la unía a él. Al final fue Yama el que lo mató, enterrándolo bajo una montaña de máquinas diminutas, pero Tamora no lo había visto y se resistía a creer en lo que llamaba trucos de magia de Yama.

—Si averiguamos algo más —dijo Yama—, podremos frustrar el complot antes de que se geste.

—¡Grah! Y si sales de aquí antes de que termine el contrato, conseguirás que te asesinen. Vas a quedarte aquí, por tu seguridad.

—Sé cuidar de mí mismo.

—¿Cómo está tu herida? —preguntó bruscamente Tamora—. ¿Te molesta?

—A veces me duele la cabeza —admitió Yama.

En esos momentos sufría un conato de jaqueca. Se sentía como si su cráneo fuera demasiado pequeño para contener sus ideas, como si su cerebro fuera una vejiga hinchada por una ira creciente. Estallaban chispas rojas y negras en la periferia de su visión. Tuvo que contener el impulso de desenvainar su cuchillo y hacer daño a alguien.

—No cometeré el mismo error. Y haré lo que me dé la gana.

—Quizá mi señor debería irse ahora —dijo Pandaras—. Id y encontrad los archivos de su línea de sangre, que eso es para lo que ha venido en realidad.

Tamora se giró de improviso y estrelló su bordón contra el plinto con tanta fuerza que lo partió en dos. Miró iracunda el trozo de madera que empuñaba y lo arrojó con fuerza al otro lado de la Basílica.

—¡Grah! ¡Marchaos si queréis! ¡Los dos! Id y ateneos a las consecuencias. Moriréis, probablemente. Aunque esquivéis a los mercenarios del Departamento de Asuntos Indígenas, no sabéis nada del Palacio y es un sitio peligroso.

—Volveré —dijo Yama—. Prometí que te ayudaría y me han enseñado a cumplir mis promesas. Además, espero aprender algo aquí. ¿Acaso la capacidad de encontrar objetos perdidos no es uno de los atributos de este Departamento?